

Medvedev, el elegido de los servicios secretos.

Pedro Baños Bajo

Teniente Coronel profesor del Departamento de Estrategia y Relaciones Internacionales

LA Federación Rusa ya tiene su tercer presidente de la era post-soviética, Dmitry Anatolyevich Medvedev, dado que su elección ya había sido hecha tiempo atrás por el Servicio Federal de Seguridad (FSB), heredero directo del legendario KGB. La designación de Medvedev es fruto de la genialidad propia de un FSB maestro de la 'realpolitik' y continuador de las históricas ansias imperialistas de Pedro el Grande. Al contrario que el 80% de los principales políticos y altos directivos rusos, Medvedev no pertenece a la 'oligarquía secreta' surgida de los fríos círculos de los servicios de inteligencia. Pero ofrece lo que la Madre Rusia necesita ahora: un tecnócrata, genio de la economía y hábil diplomático.

Tras el fracaso económico del sistema comunista, Yeltsin había dejado en herencia a Putin una Rusia al borde del colapso, con paro rampante, crímenes por doquier, servicios sociales inexistentes, un ejército mal pagado y perdiendo la guerra en Chechenia, una marina oxidándose en los puertos y un humillante desprestigio internacional reflejado en su incapacidad ante la intervención de la OTAN en Serbia.

Para remontar el caos, dio a sus amigos del selecto 'club de San Petersburgo' las riendas de los puestos más relevantes del país. Uno de ellos, brillantísimo joven criado en un barrio obrero, doctor en leyes y leal a su mentor, era Medvedev, a quien le correspondió la presidencia del gigante Gazprom, con una plantilla de medio millón de personas bajo su responsabilidad. Su gestión fue admirable: en pocos años la convirtió en la tercera corporación del mundo, duplicó sus beneficios y multiplicó por seis los dividendos por acción.

La inmejorable gestión de Medvedev, unida a la mano de hierro del antiguo espía en la Alemania del Este y posterior director del KGB, el teniente coronel Putin, han llevado a Rusia del puesto 140 al 66 en el Índice de Desarrollo Humano, y a un Moscú con las habitaciones de hotel más caras del mundo (un 25% más que la siguiente ciudad, Nueva York) y el precio medio del metro cuadrado de vivienda alcanzando los 5000 dólares.

Pero el FSB, columna vertebral del Estado ruso, es consciente de que se precisa de un nuevo salto para afrontar los retos geopolíticos actuales y futuros, que van desde intentar romper el cerco estratégico al que se ven sometidos por Estados Unidos, a la participación en la feroz lucha por los recursos naturales (energéticos, hídricos, minerales y forestales), el dominio de las zonas vacías aún existentes (los Polos, el espacio y las zonas próximas al ecuador geográfico de África y Sudamérica) y la recuperación del prestigio internacional que les corresponde.

Para Rusia no es un juego, es una necesidad vital, una exigencia histórica. Se impone consolidar el desarrollo económico, aligerar la burocracia, modernizar el país, privatizar empresas, diversificar las fuentes de ingresos, promocionar la tecnología y conseguir entrar en la Organización Mundial del Comercio. Y, no menos importante, volver a contar con unas Fuerzas Armadas creíbles y capaces de respaldar su búsqueda influencia en el mundo y reforzar en la defensa territorial a su invicto General Invierno, que puede perder alguna estrella debido al calentamiento global.

Todo ello demanda una economía desahogada, de un Medvedev que entienda al conjunto del Estado como una gran empresa cuyo objetivo debe ser obtener la máxima rentabilidad. No menos importante va a ser su capacidad para la negociación diplomática, desde llegar a un acuerdo de libre comercio con la Unión Europea a conseguir que Rusia vuelva a pesar en las decisiones globales. De aspecto poco ruso, con rostro amable, 1,62 de estatura, de hablar pausado y sereno, no genera los tradicionales recelos, lo que le hace el hombre ideal en las duras negociaciones que le esperan. Pero aun cuando los tecnócratas sean los ejecutantes de los planes de reforma, la 'nobleza' de los servicios especiales, el FSB, seguirá siendo el director de orquesta y el supervisor y garante del exacto cumplimiento de todo este complejo proceso, en nombre de la Imperial Madre Rusia.

Con capacidad para ejercer el completo control de la población e influir decisivamente en la vida política, el FSB actual tiene más atribuciones que las siete principales agencias de inteligencia y seguridad norteamericanas, incluyendo el FBI, el Servicio Secreto y la Agencia Nacional de Seguridad. Con probablemente más de medio millón de personas directamente empleadas, se calcula que hay un 35% más de agentes por habitante que durante la época soviética.

Por ley, el FSB está capacitado para entrar en cualquier domicilio o empresa sin orden judicial, está exento de supervisión y es responsable del sistema informático empleado en las elecciones. Curiosamente, sus únicas limitaciones están relacionadas con la vigilancia a instituciones religiosas, aunque gran parte del patriarcado ortodoxo mantiene estrechos lazos con los servicios secretos. Nada extraño, si se tiene en cuenta que, en un país donde las soluciones militares todavía son respaldadas por una amplia mayoría de la población, la red de informadores civiles es inmensa.

Favorecido por los sucesos del 11-S, el FSB recibió carta blanca para ejercer de 'gran hermano' interno y capacidad para decidir sobre la vida y la muerte de los considerados terroristas. Por si fuera poco, en junio de 2006, como consecuencia del secuestro y asesinato de diplomáticos rusos en Irak, vio la luz una ley que les permitía, a la orden del presidente, eliminar físicamente terroristas en cualquier lugar del mundo. Las acciones de la Lubyanka (nombre por el que se conoce su cuartel general en Moscú) en el extranjero se han intensificado en los últimos años a unos niveles que no se conocían ni durante la Guerra Fría. El FSB ha hecho una buena elección con Medvedev. Juntos forman un tándem capacitado para recuperar su pasado imperial. O al menos intentarlo.

Publicado por El Comercio Digital, 2 de marzo de 2008.